

LA REVERENCIA DEBIDA A LA VIRGEN MARÍA (En la Fiesta de la Anunciación)

Desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada (Lc 1,48)

Hoy celebramos la Anunciación de la Virgen María, cuando el Ángel Gabriel fue enviado para decirle que iba a ser la Madre de nuestro Señor, y cuando el Espíritu Santo vino sobre ella y la cubrió con la sombra del poder del Altísimo. En aquel gran acontecimiento fue realizado lo que ella previó, como expresa el texto: “todas las generaciones la llamarán bienaventurada”¹. El Ángel comenzó la salutación diciendo: “Ave, tú que has sido favorecida de lo alto; el Señor es contigo; bendita² eres entre las mujeres” (Lc 1,28)³. Luego le dijo “No temas, María, porque has sido favorecida delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y será llamado Hijo del Altísimo” (Lc 1,30-32). Su prima Isabel fue la siguiente en saludarla con su título apropiado. Aunque fue llena del Espíritu Santo al momento de hablar, sin embargo, lejos de pensar que semejante don era igual al de María, fue movida a usar el lenguaje más humilde y reverente. “Exclamó con gran voz, y dijo, *Bendita eres tú* entre las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre; y ¡de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?...Luego repitió “Bendita es la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor” (Lc 1, 42-45).

Luego fue María quien manifestó sus sentimientos en el Himno que leemos en las Vísperas. ¡Cuántos y cuán complejos deben haber sido! Aquella promesa que el mundo había esperado durante miles de años iba ahora a ser cumplida en ella. Iba a nacer de ella, e iba a aparecer al fin sobre la tierra después de larga dilación, la descendencia de la mujer, anunciada a la culpable Eva. Los destinos del mundo iban a ser revertidos en ella, y pisada la cabeza de la serpiente. A ella le fue concedido el honor más grande jamás otorgado a ningún individuo de nuestra raza caída. ¡Dios asumió la carne de ella, y se humilló al ser llamado descendiente suyo: tal es el profundo misterio! Por supuesto, ella sentiría su propia indignidad inexpresable, y también su humilde solar, su ignorancia, su debilidad a los ojos del mundo. Y podemos suponer muy bien que tenía más que nada esa pureza e inocencia de corazón, esa luminosa visión de fe, esa confianza en su Dios, que elevaba todos esos sentimientos a una intensidad que, nosotros, ordinarios mortales, no podemos entender. *Nosotros* no podemos entenderlos. Repetimos su himno día tras día, pero aún así, considerad por un instante de qué modo diferente lo decimos *nosotros* de aquél en que lo pronunció ella al principio. *Nosotros* lo

¹ Newman distingue entre la bendición que da Dios a través de la cual María es bienaventurada, y pone a pie de página la palabra griega del texto neotestamentario: *eulogéméné*, y aquella que le viene de todas las generaciones que la llaman bienaventurada, según el texto griego: *makarizo*, que es la que corresponde a esta frase.

² *eulogéméné*.

³ Newman une aquí la salutación de Isabel a la del Ángel.

terminamos aprisa y no pensamos en el significado de esas palabras, que vienen de la más altamente favorecida y pasmosamente dotada de las hijas de los hombres. “Mi alma canta la grandeza del Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador, porque ha mirado la humildad de su servidora, por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque el Poderoso ha hecho en mí grandes cosas, y Su nombre es santo y su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen” (Lc 1, 46-50).

Consideremos ahora en qué sentido la Virgen María es bienaventurada, título dado primero por el Ángel y luego por la Iglesia a través de todas las épocas hasta hoy.

1. Digo que en ella, la maldición pronunciada sobre Eva, fue cambiada por una bendición. Eva fue condenada a parir hijos en el dolor (Gen 3,16), pero ahora, esta misma dispensación por la cual se expresó la señal del enojo divino, se hizo el medio por el cual la salvación entró en el mundo. Cristo pudo haber descendido del cielo, así como regresó allí y así como volverá nuevamente; pudo haber tomado un cuerpo de la tierra, como el que se le dio a Adán, o haber sido formado, como Eva, de otro modo divinamente ideado, pero, lejos de esto, Dios envió a Su Hijo (como dice San Pablo), “nacido de una mujer” (Gal 4,4). Pues ha sido Su propósito benevolente convertir *todo* lo nuestro del mal al bien. Si lo hubiera querido podría haber hallado, cuando pecamos, otros seres para servirle, arrojándonos al infierno. Pero se propuso salvarnos y cambiarnos a *nosotros*. Y de igual modo, todo lo que nos pertenece, razón, afectos, aspiraciones, relaciones en la vida, no necesita rechazarlo en Sus discípulos, sino santificarlo todo. De ahí que, en vez de enviar a Su Hijo desde el cielo, lo envió como el Hijo de María, para mostrar que todo nuestro sufrimiento y nuestra corrupción podía ser bendecida y cambiada por El. El mismo castigo de la caída, la misma infección de nacimiento en pecado, admite cura por la venida de Cristo.

2. Pero existe otra parte del castigo original de la mujer que puede considerarse repelido cuando llega Cristo. Le fue dicho a la mujer: “Tu marido te dominará” (Gen 3,16), una sentencia que ha sido notablemente cumplida. Los hombres tienen fuerza para vencer las espinas y los abrojos con los que está maldecida la tierra (Gen 3,18), pero la misma fuerza ha probado siempre el cumplimiento del castigo otorgado a la mujer. Mirad a través del mundo pagano y ved cómo la mitad más débil de la humanidad ha sido siempre tiranizada y envilecida por el brazo de la fuerza. Considerad todas esas naciones del este que en todas las épocas nunca la han reverenciado, sino que, despiadadamente, la han hecho esclava de cualquier propósito malo y cruel. Es así que la serpiente ha triunfado, haciendo que el hombre se degrade aún más por aquella que originalmente le tentó, y que aquella que entonces tentó sufre ahora de aquel que fue seducido. No, aún bajo la luz de la revelación, el castigo sobre la mujer no fue removido enseguida. Aún (en las palabras de la maldición) su marido la domina. La misma práctica de la poligamia y del divorcio que se sufrió bajo el patriarcado y la dispensación judía lo prueban.

Pero cuando Cristo viene como descendiente de la mujer, vindica los derechos y el honor de Su madre. No es que sea destruida bajo el Evangelio la distinción de categorías, pues la mujer es aún inferior al hombre como éste lo es a Cristo (Ef 5,22-23), pero sí es suprimida la esclavitud. San Pedro ordena a los maridos ser “comprensivos con la mujer, *porque* es un ser más frágil, tributándoles honor como coherederas que son también de la gracia de la Vida” (1 Pe 3,7). Y San Pablo, mientras

ordena que esté sujeta, habla de la especial bendición concedida a ella, al ser señalada como entrada del Salvador en el mundo. “Adán fue formado primero y Eva en segundo lugar. Y el engañado no fue Adán, sino la mujer que, seducida, incurrió en la trasgresión. Con todo, se salvará por su maternidad” (1 Tim 2,13-15), es decir, porque Cristo nace de María, lo cual fue una bendición así sobre toda la humanidad como de modo peculiar sobre la mujer. Por consiguiente, desde ese tiempo, el matrimonio no sólo ha sido restaurado a su dignidad original, sino dotado aún con un privilegio espiritual como el símbolo externo de la unión celestial que subsiste entre Cristo y Su Iglesia.

De este modo la Bienaventurada Virgen, al llevar a nuestro Señor, quitó o iluminó la desgracia peculiar que la mujer heredaba por seducir a Adán, santificando una parte de ella y repeliendo la otra.

3. Pero además, ella cebe sin duda ser bienaventurada y favorecida en sí misma tanto como en los beneficios nos ha hecho. ¿Quién puede estimar la santidad y perfección de aquella que fue elegida para ser Madre de Cristo? Si a aquél que tiene se le dará más aún (Mt 13,12), y la santidad y el favor divino van juntos (y esto se nos dice expresamente), ¿cuál habrá sido la pureza trascendente de aquella a quien el Espíritu Creador condescendió a cubrir con Su milagrosa presencia?⁴ ¿Cuáles deben haber sido los dones de aquella que fue elegida para ser el único familiar terreno del Hijo de Dios, la única a quien por naturaleza El tenía que reverenciar y respetar, la única señalada para formarle y educarle, para instruirle día a día, a medida que crecía en sabiduría y en estatura? (Lc 2,52). Esta contemplación nos dirige a un tema más elevado, si queremos seguirla. Pensad, ¿cuál fue el estado de santidad de esa naturaleza humana de la cual Dios formó a Su Hijo sin pecado, sabiendo como sabemos “que lo que nace de carne es carne”, y que “nadie puede sacar lo puro de lo impuro”? (1 Jn 3,6; Job 14,4).

Ahora bien, después de profundizar en pensamientos como estos, cuando volvemos nuevamente a los Evangelios, creo que todos deben sentir alguna sorpresa de que no se nos diga más de lo que encontramos allí acerca de la Bienaventurada Virgen. Después de las circunstancias del nacimiento y la infancia de Cristo, escuchamos poco acerca de ella. Se dice poco en alabanza suya. Se dice que estaba presente junto a la cruz de Cristo, y que allí fue encomendada por El al cuidado de San Juan, y que continuaba en oración con los Apóstoles después de Su ascensión, y luego no escuchamos nada más acerca de ella. Pero aquí nuevamente, en este silencio, encontramos tanta instrucción como cuando se la menciona.

Primero, nos sugiere que la Escritura fue escrita no para exaltar a este o a aquel santo en particular, sino para dar gloria a Dios Todopoderoso. Han existido miles de almas santas en los tiempos de los que trata la historia bíblica, de los cuales no sabemos nada porque sus vidas no caen dentro de las relaciones manifiestas de Dios con los hombres. En la Escritura no leemos nada de todos los hombres buenos que existieron siempre, sino de unos pocos, por ejemplo, aquellos en quienes el nombre de Dios fue

⁴ Este párrafo hizo surgir muchas especulaciones entre los anglicanos cuando el sermón fue publicado tres años más tarde (1835), porque entendían que el predicador adhería secretamente a la fe católica romana de la Inmaculada Concepción (aún no definida pero sí creída). Newman respondió evasivamente, y en la *Apologia* recuerda haber hecho mucho sobre el tema (Apo, 165). Parece que personalmente veía la evidencia de la doctrina pero no la profesaba explícitamente en su período anglicano, deseando permanecer fiel a la enseñanza de su Iglesia de entonces.

honrado especialmente. Sin duda debe haber habido muchas viudas en Israel sirviendo a Dios con ayunos y oraciones, como Ana, pero ella solamente es mencionada en la Escritura, por estar en una situación que glorificaba al Señor Jesús. Habló del Niño Salvador “a todos los que esperaban la redención de Jerusalén” (Lc 2,38). No, por lo que sabemos, fe como la de Abraham y celo como el de David han ardidido en los pechos de miles, de cuyos nombres no se tiene memoria, porque, digo, la Escritura está escrita para mostrarnos el curso de la grande y maravillosa providencia de Dios, y solamente escuchamos hablar de aquellos santos que fueron instrumentos de Sus planes, ya sea introduciendo o predicando a Su Hijo. El Apóstol favorecido de Cristo fue San Juan, su amigo personal, y sin embargo, cuán poco sabemos de San Juan comparado con San Pablo, ¿y por qué?, porque San Pablo fue el propagador y dispensador más ilustre de Su Verdad. Así como San Pablo mismo dice que él “no conoció a nadie según la carne” (2 Cor 5,16), así su Salvador, con parecido significado nos ha ocultado el conocimiento de Sus sentimientos más sagrados y familiares, hacia Su Madre y hacia Su amigo. No debían ser expuestos, por la inutilidad de que el mundo los conozca, y el peligro de no ser conocidos sin el riesgo de que el honor que esos santos reciben por la gracia, eclipse en nuestras mentes el honor de Aquel que los honra⁵. Si se nos hubiera revelado más plenamente la Bienaventurada Virgen en su belleza celestial y dulzura de su espíritu interior, en verdad *ella* habría sido honrada, y *sus* dones claramente vistos, pero, al mismo tiempo, el Dador hubiera sido algo menos contemplado, porque ningún designio u obra Suya hubiera sido revelada en la historia de ella. Habría sido presentada aparentemente por *su* causa, no por la de *El*. Cuando un Santo es visto trabajar *hacia* un fin señalado por Dios, le *miramos* como un mero instrumento, un siervo, aunque favorecido, y aunque le admiramos, sin embargo, y después de todo, glorificamos a Dios en él. Pasamos *desde* él a la obra que realiza. Pero cuando alguien es presentado lleno de dones, pero sin una subordinación visible e inmediata a los designios de Dios, ese tal parece revelado por su propia causa. Acaso nos detendríamos en pesar en él, y en la criatura más que en el Creador. Por eso, es cosa peligrosa, es un privilegio demasiado alto, para pecadores como nosotros, conocer lo mejor y más íntimo de los pensamientos de los siervos de Dios. No podemos soportar ver tales hombres en su propio lugar, en el retiro de la vida privada y la quietud de la esperanza y el gozo. Cuanto más elevados son sus dones, menos aptos son para ser vistos. Aún San Juan el Apóstol fue tentado dos veces de postrarse en adoración ante el Ángel que le mostraba las cosas venideras (Apoc 19,10). Y si él, que había visto al Hijo de Dios, fue así vencido por la criatura, ¿cómo es posible que nosotros podamos soportar el contemplar la santidad de la criatura en su plenitud, especialmente cuando somos más capaces de entrar en ella, de estimarla, que de comprender las infinitas perfecciones de la Eterna Divinidad? Por eso, hay muchas verdades como las “cosas que han dicho los siete truenos” que han de estar “selladas” para nosotros (Apoc 10,4). En particular, es misericordia para con nosotros que tan poco nos sea revelado de la Bienaventurada Virgen, respecto de nuestra debilidad, a pesar de que hay “muchas cosas para decir” de ella, “aunque difíciles de explicar, porque os habéis hecho tardos de entendimiento” (Heb 5,11).

⁵ Esto hay que entenderlo en el marco de una prédica de Newman aún anglicano, quien pronto aprendería que no es verdad que el honor debido a la Virgen o a los santos disminuya en nada el que se debe a Cristo y la Santísima Trinidad, ya que se trata de mediaciones e intercesiones subordinadas a la única mediación universal de Cristo Salvador. Pero esto era el prejuicio habitual en el medio anglicano protestantizado. El sermón es de 1832. Sin embargo Newman no extrema el argumento, y sólo habla de “riesgo”. Era común hablar entre anglicanos de los “abusos” romanos en la materia. Newman tratará el tema en su ensayo sobre el Desarrollo del Dogma, y será punto de toque en su conversión, cuando lea varios libros de devoción católicos que le envió el padre Russell.

Segundo, cuando más consideramos quién era Santa María, más peligroso aparece semejante conocimiento. Otros santos están solo influenciados o inspirados por Cristo, y hechos partícipes de El místicamente. Pero en cuanto a Santa María, Cristo recibe su humanidad de ella, y por eso tiene una especial unión de naturaleza con ella, y esta maravillosa relación entre Dios y el hombre es quizás imposible para nosotros de poder profundizar sin alguna perversión de sentimiento. Pues, verdaderamente, ella es elevada por encima de la condición de los seres pecadores, aunque pecadora por naturaleza⁶. Ella es traída cerca de Dios pero es una criatura, y parece perder su lugar adecuado en nuestra limitada comprensión, ni muy alto ni muy bajo. No podemos combinar, en nuestros pensamientos sobre ella, todo lo que debemos atribuir con todo lo que debemos sostener. Por eso, siguiendo el ejemplo de la Escritura, tenemos mejor que pensar de ella solo con y por su Hijo, nunca separándola de El sino usando su nombre como un memorial de Su gran condescendencia de inclinarse desde el cielo y no “aborrecer el seno de la Virgen”⁷. Y esta es la regla de nuestra propia Iglesia, que ha establecido aparte Fiestas en honor al Bienaventurada Virgen al ser también Fiestas en honor de nuestro Señor: la Purificación conmemora Su presentación en el Templo, y la Anunciación conmemora Su Encarnación. Y con esta precaución, el pensamiento de ella puede ser muy provechoso a nuestra fe, pues nada es tan a propósito para imprimir en nuestras mentes que Cristo es realmente partícipe de nuestra naturaleza, y hombre verdadero, menos en el pecado, como asociarlo con el pensamiento acerca de aquella por cuyo medio llegó a ser nuestro hermano.

En conclusión, mirad la lección que nos da la historia de la Bienaventurada Virgen: que las gracias más elevadas del alma pueden estar maduras en privado, y sin esas pruebas feroces a las cuales está expuesta la mayoría en orden a su santificación. Nuestros corazones son tan duros, que la aflicción, el dolor y la ansiedad nos son enviadas para humillarnos, y disponernos hacia una verdadera fe en la palabra celestial, cuando nos es predicada. Pero es sólo nuestra extrema obstinación de no creer lo que hace necesario este castigo. La ayuda que Dios da en el Evangelio tiene poder para renovar y purificar nuestros corazones, sin providencias no comunes para disponernos a recibirla. Dios nos da Su Espíritu Santo silenciosamente, y el las silenciosas obligaciones de cada día (puede esperarse humildemente) son bendecidas para la suficiente santificación de millares a quienes el mundo no conoce. La Virgen Bienaventurada es un memorial de esto, y es consolador tanto como instructivo saberlo. Cuando sofocamos la gracia del Bautismo, entonces es que necesitamos severas pruebas para restablecernos. Este es el caso de la multitud, cuyo mejor estado es el del castigo, el arrepentimiento, la súplica, y la absolución, una y otra vez. Pero existen aquellos que siguen un curso calmo y firme, aprendiendo día a día a amar a Aquel que los redimió, y vencer el pecado de su naturaleza por Su gracia celestial, a medida que se presentan las variadas tentaciones al mal. Y, de estos inmaculados seguidores del Cordero, la Bienaventurada María es la principal. Fuerte en el Señor y en el poder de Su fuerza, ella “no cedió a la duda ante la promesa divina” (Rom 5,20), creyó cuando Zacarías dudó, creyó con una fe como la de Abraham y fue bienaventurada por su fe, y se cumplieron en ella las cosas que le fueron dichas por el Señor. Y cuando después el sufrimiento cayó sobre ella no fue sino la bendita participación en los sagrados sufrimientos de su Hijo, no los de aquellos que sufren por sus pecados.

⁶ Esta afirmación puede parecer demostrar que Newman anglicano consideraba a María con la mancha original como el resto de los seres humanos, pero otros textos de Newman de su época anglicana hacen dudosa esta suposición.

⁷ Palabras del himno *Te Deum*.

Si nosotros, por un inexpresable don de Dios, hemos seguido en alguna medida la inocencia de María en nuestra juventud, tanto más bendigamos a Aquel que nos lo permitió. Pero tanto como seamos concientes de habernos apartado de El, lamentemos nuestra miserable culpa. Reconozcamos de corazón que ningún castigo es demasiado severo para nosotros, ni puede ser mal recibido (aunque es una cosa dolorosa aprender a recibir dolor), si tiende a consumir la corrupción que se ha propagado dentro nuestro. Tengamos todas las cosas por ganancia, que Dios manda para limpiar las marcas del pecado y la vergüenza que llevamos en nuestras frentes. Llegará el día al fin cuando nuestro Señor y Salvador develará a todo el mundo ese Sagrado Rostro, que ningún pecador puede ver y seguir vivo. Entonces el mundo será forzado a mirar a Aquel a quien ellos traspasaron (Is 53,5) con su maldad impenitente: “todos los rostros mudarán de color” (Joel 2,6). Entonces discernirán lo que ahora no creen, la total deformidad del pecado, mientras los Santos del Señor, que parecían sobre la tierra llevar el rostro de hombres comunes, despertarán uno después del otro según Su semejanza, y será temible mirarlos. Y entonces se habrá cumplido la promesa dada a la Iglesia en el Monte de la Transfiguración. Será “bueno” estar con aquellos cuyas tiendas pueden haber sido para nosotros un engaño en la tierra, si se nos hubiera permitido construirlas. Veremos a nuestro Señor, a Su Bienaventurada Madre, a los Apóstoles y Profetas, y a todos aquellos hombres rectos de quienes leemos ahora en la historia, muy larga para conocer. Entonces se nos enseñarán esos Misterios que ahora están por encima de nosotros. En palabras del Apóstol, “Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es. Todo el que tiene esta esperanza en El se purifica a sí mismo, como El es puro” (1 Jn 3,2-3)

Traducción y notas de Fernando Maria Cavaller